

EL GALLO CRISIS

LIBERTAD Y TIRANÍA



NÚMERO 1 — CORPUS DE 1934 — ORIHUELA

PATRIMONIO
COMPRA

EL GALLO CRISIS

LIBERTAD Y TIRANIA

PUBLICACION

JESUS ALDA TESAN — JUAN COLOM — TOMAS LOPEZ GALINDO
JOSE MARIA QUILEZ Y SANZ — FRAY BUENAVENTURA DE PUZOL.

RAMON SIJE

DIRECTOR

JUAN BELLOD SALMERON

SECRETARIO



CUERPO DE CRISTO, BOCADO DE CARDENAL

"Y el amigo, aspirando el aromoso aire, gritó:

—¡ Sigüenza : qué olor a Corpus !

El Corpus de Cataluña huele a retama ; el Corpus alicantino huele a rosas y romero, pero a rosas encarnadas, calientes ; Sigüenza recogió la íntima emoción del *suyo*, porque diciendo Corpus se huele a campo que entra en la ciudad, campo interpretado, y porque Corpus es una palabra que tiene todos los aromas fundidos en una misma fragancia para todos los corazones, fragancia de la tristeza de las alegrías."

(Gabriel Miró, "Libro de Sigüenza").

ECLIPSE—celestial

Una nube, redondo y puro obstáculo,
para mirarte encuentro :
sin errores de gallos,
eclipse de los cielos.

Tu luz en una umbría de blancura :
los que ven, no te vemos :
¡ mucho mejor !, a oscuras,
¡ la fe !, te ven los ciegos.

Tú, con naturaleza de semilla,
reducido a la mano,
Transformado en harina,
Traspuesto, Trasplantado.

En tan escaso medio tu abundancia,
en tan mezquino círculo:
en su materia blanca,
haces deiforme el trigo.

Noche de Tí, con mengua de tu bulto:
¡victoria de lo plano!
Dios, para nuestro uso,
por el polvo ilustrado.

Cereal geometría de la tierra,
la celeste substancia,
oculta su presencia
en una sombra blanca.

¿Cómo tienes?, bajeza de la espiga,
Mi No Sé Qué en tu sitio...
Enigma, enigma: ¡enigma!
descubierto, escondido.

—¡Oh sacerdote; danos, puro, Aquello,
favor de sí otorgado!
¿Guardas, fiel, el Secreto
que mantienen tus manos?

MIGUEL HERNANDEZ GINER

ESPAÑA EN LA SELVA DE AVENTURAS DEL CRISTIANISMO

(Nuestra crisis)

El cristianismo es, a través de los tiempos que no acaban de pasar, como la agobiante carrera de dos fuerzas contradictorias—ascética y prójima—que dramáticamente se unifican en la muerte del hombre: por la in-humanización del hombre por el hombre mismo.

El hombre acabado, melancólico, al borde de su humanidad, es el hombre invisible que crea el cristianismo, hombre puro, sin mío, inhumanizado, cortesano de no visible reino: “El reino de Dios está entre vosotros”, dice misteriosa-Mente, el Cristo, el cristianismo. El hombre

invisible, como el catolicismo cristiano, es contradicción y unidad de crisis, monstruo de la naturaleza y del pensamiento: interiormente se achica en una política de purificación, alumbrándose con la extática llama del padecer; exteriormente se alarga en una política de misericordia, enajenándose con el crítico precio del hacer.

Este hombre esquelético, casi no hombre, mitad de su mitad—que se invisibiliza por la negación propia, por la afirmación del prójimo, realizando en sí la razón simple y la razón política del cristianismo—, nace de su muerte, con un deber de ser libre, con un derecho de ser tirano. CABEZA Y ESCLAVO es el hombre, según la interpretación cristiana—que es precisamente la interpretación conceptual de la España apostólica—: hombre en crisis y hombre en crisálida, hombre en libertad y hombre en tiranía.

El Simeón Estilita, torturante símbolo del hombre invisible, se hace compatible con el Imperio—nombre nuestro del Estado—, cuando se inhumaniza el Imperio, haciéndose invisible, “reinado subterráneo” como diría Nietzsche. España es como el Imperio invisible que dramatiza en su Estado, en su Nación, en su Campo, en su Burgo, en su Gremio—mediante una cristalización, a todas luces, racionalmente patética—, la imposible carrera del cristianismo. España se ha comportado en la historia como hombre invisible, es decir, como cristiano individual perfecto, corriendo, en su lucha espiritual por la vida, contra sí misma, contradictoriamente, hacia la inhumanización productora del reino de Dios en la tierra, hacia la unidad por la muerte: haciendo de sus crisis, éxtasis, plástica de crisis. Cabeza y esclavo, esclavo de cabeza y por la cabeza, lunático, el hombre de imperio de la España invisible espeja en sus obras el celeste lunario histórico del cristianismo: A luna ardiente, éxtasis; a luna doliente, crisis.

Miel—en la boca—de éxtasis ha sido y es el Imperio. El éxtasis es la muerte del hombre. Imperio—y de ángeles podría definirse:

“Un Monarca, un Imperio y una Espada”

ha cantado en ideal, doctrinario, mármoreo verso, Hernando de Acuña, terminando, como tesis política, la tradición categórica de España que apunta, ya, en la tesis poética de San Isidoro: “Pulcherrima es, o sacra semperque felix, principum gentiumque mater Spania”. La construcción maternal isidoriana deviene como forma, como problema concreto, en el caballero Acuña, que invierte—no obstante—, la visión real e ideológica de la España imperial: el Monarca entre el Imperio y la Espada. Entre la Espada y la Estrella quedaba suspensa, como devoción de unidad, la España mariana del viejo Berceo:

“Un regno, un imperio, un Rey, una essencia”.

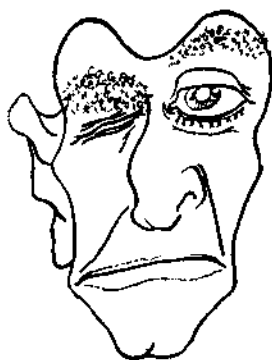
Amargor de tuera—en el alma—es la crisis. Crisis, en nuestro esquema histórico, es, junto con la crítica del imperio y del Mundo, la crítica del Pensamiento por la razón pura del cristianismo: por la contradicción y por las contrariedades. (Negra y barroca, surge la España crítica, romántica, de Baltasar Gracián, tras la España extática de Juan de la Cruz, azul y blanca. España en éxtasis y en crisis, en Poema y en Tratado, jugando a libertad o tiranía con el pensamiento y con el albedrío, es la unidad de España).

Mas, la unidad continúa. Apuro y pureza crítica en la caridad, en la patria, en el concepto: fin—de—soneto. Pura caridad de Pablo como redención del hombre por el hombre de fuera: por el prójimo. Pura caridad crítica y cristiana bordando sobre oídos romanos materia heroica de humanismo: “La caridad—predican—no hace mal al prójimo”. Caridad de la patria como comunión viva de los muertos, como idea de prójimo y de paisaje. Caridad de concepto—y de cultura—como libertad y como tiranía, como justificación y condenación (Mateo 12, 37). Puede afirmarse, pues, que el pensamiento es una máquina de hacer sufrir al pensamiento. Súframe, luego pienso—argumenta el conceptista, Quevedo.

¡ Viva España! en su Caridad, en su Patria, en su Concepto. Por la libertad y por la tiranía, que es la madre y la hija de la libertad. ¡ Viva, y muera! juramos con la mano de España, mano que puede sembrarse—como se sembró la izquierda—en nuevo, nunca soñado Lepanto; mano de santiguarse por la libertad, de escribir por la tiranía de los cuerpos y de las sombras. Al servicio de España en crisis y en crisálida.

La razón cubre los vacíos de nuestra fe. “De Pedro a Satanás, o de la Fe a la Razón”, podría titularse ese terrible drama de la salvación—¿ por la fe? ¿ por la razón?—con ilustraciones evangélicas: El Apóstol llamado, en el versículo dieciocho “Pedro y Piedra”, es nombrado “Piedra de escándalo”, en el versículo veintitrés de un mismo capítulo. En la inminencia del postrer canto del gallo,—del gallo que hace a San Pedro menos Pedro, más Simón Bar-Jona; del gallo del Crimen y de la Contrición—sollozamos un grito victorioso, incontenido, de tremenda alegría angustiosa: ¡ VIVA LA LIBERTAD Y LA TIRANIA! eslabones humanos, inhumanos, de la cadena CRISIS, ángel azul, rojo gallo coronado.

¿ Y el yugo? ¿ y el yugo? Llamemos al yugo: CRISTO.



SOY LA MÁSCARA
DE LAS CRISIS

ALMAS AZULES

El placer de una sensación no se mide por el goce que proporciona, sino por el deseo de volver a experimentarlo después de haberlo sentido alguna vez; y leer a Miró es decidirse a volverlo a leer. Esta reelección lleva en sí algo de selección, de elección, de dilección.

Miró, que es un artista también con problemas de trayectoria, no tiene su silbo fascinador en el fondo de su obra, sino en la superficie, en la colocación y en el color. No en vano el leerlo en su ambiente es sentirle más Miró; y su ambiente es su tierra olecense, Levante, el Mediterráneo coloreado por la luz de un misterio maravilloso que supo inspirar el Ángel de Salzillo y las figuras de Gabriel arcangelizado.

La vida del arte consiste en la impresión que causa su expresión; y el arte de Miró produce una impresión de bienestar que podríamos llamar climático, y climático de zona templada. No podemos imaginarle sin un sol amorosamente acariciante, como no podríamos pensar en Flaubert sin un día gris, húmedo y aterido. Sol de primavera recién nacida que presta ingenuidad infantil y sollozos de alegría, y luz de claridad levantina que llena los vacíos y ocupa los cuerpos porque no conoce la ley de la impenetrabilidad.

Soleado y lumínico, pues, es Miró, con un sol—uno sólo—y una luz—también una—eternamente dibujantes de los contornos, por contraste con la materia de las cosas sumidas en lo oscuro, con líneas sutilísimas que dicen del deseo de las figuras de diluirse en el aire, o de la fuerza del aire para entrarse—o enterarse—en las figuras: es decir, del recíproco empuje hacia dentro y hacia fuera, de la gravitación de uno sobre otro. Alguna vez parece que van a romperse estas fronteras para dar rienda suelta a las formas que se irían deformando—o reformando—; pero entonces comenzaría la posesión lúbrica o la fusión mística, que al fin y al cabo vienen a ser lo mismo.

Este límite o, mejor, esta pujanza limitada hace pensar en Rubens, pintor

X

de la contrarreforma barroca, aunque parezca extraña la comparación. Pedro Pablo Rubens es el pintor de la luz generadora de las cosas, de las cosas que viven sabiendo que en la oscuridad no serían nada.

El informe, el alma de ese sol y de esa luz es el color que no es matiz, sino ser de uno u otro modo. Rubens pinta con luz artificial robada del pincel de un pintor flamenco que alumbra la vida de sus retratos, que parecen fabricados para la elegancia voluptuosa del Louvre, con un lienzo de oro. Miró baña sus imágenes en el azul ondulante de su ambiente—y de su ámbito—que permanece como constante cromática a través de su obra. Color azul que no es el color ñoño, femenino y un tanto rosado, de sentimentalidad huera; sino fuerte y viril a la vez que delicado. Es aquel mismo azul que hizo exclamar a Lupericio Leonardo de Argensola:

¡ Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

convertido en realidad por propio convencimiento.

Todo es según el color
del cristal con que se mira.

Con luz y color hay que ser pintor aunque no se sepa: bañando el interior en la paleta. ¿Es que ver no es pintar? Si la vista es recreo porque es re-creación de lo creado. Miró, que no sabía técnica de la pintura, escribe como si pintara, y en realidad lo hace con chorros de luz azul que invaden las figuras sin forma material; no desfiguradas, pero sí desdibujadas.

Cuando un retrato es fiel a su representado dice la gente al hablar de él: "Está hablando"; y es verdad que dice muchas cosas, pero el retrato está callado. Mil anécdotas recuerdan la perfección de la pintura por la elocuencia de su expresión artísticamente engañadora con la mentira, hasta cierto punto inocente, de darnos las cosas pintadas como tangibles. Los personajes hablan, pues, de esta manera pictórica: calladamente; podríamos decir que sienten a gritos y hablan en silencio un lenguaje maravilloso, y en medio de tanta expresión, se siente una sublimidad callada, íntima. Silencio de realidad física que aquí no es anulación de sonido, sino sonoridad pura del alma de las cosas. Temen romper el silencio por miedo a deshacer el encanto misterioso y recóndito de la vida con la pérdida de un sentimiento immaculado en una palabra defectuosa e insincera. Se sumergen en sí mismos para atesorar su ser, su paisaje, que en último término no son otra cosa.

Esta estética para mudos es como una música sin sonidos o un idioma sin palabras. Individualidad pura, iletrada literalmente, que diría Bergamín, Razón infantil—infante es el que no habla—analfabeta por propio deseo y sabiamente espiritual.

El arrebató de los aplausos es el eco de la última frase o del último compás; pues bien, si en una sinfonía imaginaria—sinfonía afónica—se llegara al entusiasmo del aplauso encontrando un silencio sublime, la corroboración, la rúbrica, no lo habría de ser menos, pero seguramente que no sería un estallido de palmas, sino un asentimiento interior y el silencio se escucharía entre los circunstantes.

He aquí la elocuencia de la mudez: garrulería en la pintura y silencio en el hablar.

Miró sitúa a sus personajes distanciados, incomprensidos unos por otros, porque los individualiza y quiere hacer que sean cada vez más ellos; y el personaje incomprensido se recoge en sí mismo y ya no necesita la lengua para nada. ¿Qué falta hace hablar para uno mismo? Se recoge reclamando su derecho de soledad para solazarse íntimamente en su propio sentir. En esta soledad soleada hay una mirada hacia dentro, una reafirmación personal hermética, un dulce estar consigo mismo en solícita soledad acompañada. Es conveniente asomarse de vez en cuando al interior, aunque a veces éste debería llevar un rotulito semejante a un tabú desconcertante y misterioso engarzado a la sombra de nuestro ser.

Miró pintor, pinta intimidades espirituales, figuras sin forma, no deformadas sino difusas hasta el infinito y empalidecidas hasta el desvanecimiento. Casi nunca describe la realidad física de sus personajes y siempre encuentra su verdadero ser en

El aire el huerto orea
y ofrece mil olores al sentido.

Sería difícil instalar sus cuadros en un museo ordenado en salones de retratos y de paisajes.

Si las figuras de Miró no hablan, porque quizá no saben hablar, su creador las presenta con la caricia de la palabra justa.

La palabra, en cuanto tiene de material, tiene resquicios que dejan discurrir el pensamiento, perdido ya al hacerse alfabético, como se marcha el agua de la mano por las hendeduras de los dedos. Tener—retener—el agua en la mano es la voluptuosidad pura, porque el agua quiere escaparse, lucha por escapar y al fin se cuela dejando la mano mojada. El pensamiento es también voluptuoso porque choca sus morbideces para discurrir entre las letras y las sílabas, y quererle contener en las palabras es filtrarle en la materia, literaturizarle, cortarle las alas y quedarnos con las plumas en la mano.

Pero el lenguaje de Miró es alado como su pensamiento, mejor aún, es el pensamiento mismo disuelto en la palabra, que ya no es forma; tampoco es contenido, sino ambas cosas a la vez: poesía. El pensamiento de Miró no se pierde, pues, porque su palabra es la horma—la forma—justa que no deja pasar el alma de las cosas, sino que la cobija y la conduce amorosamente fundiéndose con ella, como vestidura—e investidura—suave y blanda que cubre las desnudeces de la obscenidad y deja al desnudo las formas de lo imaginativo. Miró no sería Miró sin la palabra, porque la belleza nace de ella misma fecundada por el sentimiento; pero no violentamente, sino sin desgarrones, inmaculada y espumosamente como Venus del tisú del Mediterráneo en alegre mañana de sol primaveral.

Así es también Sigüenza, hombre ingenuo hambriento de paisaje, que nace a las cosas y se hunde—y se funde—en ellas en chapuzón de angélicamente enamorado, que encuentra sin buscarlo el objeto de su amor distribuido panteísticamente “en las multiplicadas formas de hombre, de flor, de pastor, de piedra angular,

de torre, de carnero, de Abel, de árbol de la vida, de Pontífice". Exuberante de vida suya y feliz porque sonríe con el ahogo de su interior.

Y mientras tanto, la vida se desliza enhebrándose en las cosas, pero el tiempo no corre porque Sigüenza ha arrojado su reloj lejos de sí y permanece erguido soñante en la eternidad que emana un aroma lejano de flores, pero lejano de lejanía cercana, porque la siente junto a él que llega a donde sus ojos no alcanzan. Eternidad en vida—en su vida—es su deseo, no por no morir, sino por no dejar de vivir. Pero eternidad como corte no como sucesión, como arrobo extático y estático nunca acabado, al encontrarse consigo mismo en la quietud de una piedra dormida o de un granito de polvo que pende en el aire atravesado por un rayo de sol.

Prolongación de la vida en un instante supremo de felicidad infinita, superación del tiempo: plástica. Años y leguas pasarían sin despertar al personaje de Miró; pero un día, el sol calentará sin él la arista de la piedra dormida en el azul, sola, pura y eterna en medio de una quietud desnuda, viviendo su dinamismo interior, palpitante, pero plástico en la forma. La muerte le habrá sorprendido eternamente joven, en el momento indefinido de su vida, porque llegó a reconocerse en su ambiente gozándose a sí mismo en jugoso deleite espiritual.

Miró es un pintor de interiores bañados en paisaje azul.

JESUS ALDA TESAN

IDEA DEL INFIERNO

(INDAGACION)

La muerte no es sino la puerta de salida del teatro del mundo. El Infierno—"obra de la Omnipotencia y del primer Amor" como lo llama el Dante—es, siempre, una creencia, una creación de nuestros pecados. El Infierno, metafísicamente hablando, es la *voluntad de no querer salvarse*. La idea del infierno supone, también, una continuidad de los infiernos de esta vida y de la otra.

EL INFIERNO DE ESTE MUNDO

"Los hombres niegan ya el infierno: todavía no niegan a Hanwell (1). (Chesterton).

"Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable co-

(1) Célebre manicomio londinense. (En España, aún es una realidad Ciempozuelos).

sa. Díjome la Muerte: ¿Qué miras? Miro (respondí) al Infierno, y me parece que le he visto otras veces. ¿Dónde? preguntó. ¿Dónde? (dije): en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misas". (Quevedo, "Visita de los Chistes").

EL INFIERNO DEL OTRO MUNDO

"Creo, aunque ello parezca paradójico a los espíritus escépticos, que el concepto del infierno es la categoría de la dignidad humana. Y ello por una razón fácil de explicar. Si se nos persuadiera de que tras un período más o menos largo, digamos un siglo, digamos un milenio, digamos un eon, nuestros pecados iban a ser perdonados, acabaríamos por perder todo sentido de distinción entre el bien y el mal. Puesto que todo nos será perdonado acabaríamos por pensar que todo es igual. Es el hecho de tener conciencia de que hay pecados que de ninguna manera van a ser perdonados, lo que inviste a nuestras acciones de su infinita responsabilidad y, por lo tanto, de su dignidad suprema". (Ramiro de Maeztu. Contestación especial para EL GALLO CRISIS).

"El Infierno es una eternización del alma, aunque sea en pena".

"Ahora otra imaginación, y es que sólo se salven los que anhelaron salvarse, que sólo se eternicen los que vivieron aquejados de terrible hambre de eternidad y de eternización. El que anhela no morir nunca, y cree no haberse nunca de morir en espíritu, es porque lo merece, o más bien, sólo anhela la eternidad personal el que la lleva dentro. No deja de anhelar con pasión su propia inmortalidad, y con pasión avasalladora de toda razón, sino aquel que no la merece, y porque no la merece no la anhela. Y no es injusticia no darle lo que no sabe desear, porque pedid y se os dará. Acaso se le dé a cada uno lo que deseó. Y acaso el pecado aquel contra el Espíritu Santo, para el que no hay, según el Evangelio, remisión no sea otro que no desear a Dios, no anhelar eternizarse". (Miguel de Unamuno. Textos espigados).

"¿SERPIENTES, GENERACION DE VIBORAS! ¿COMO EVITAREIS EL JUICIO DEL INFIERNO?"

(Mateo, 23, 33).

¿PORQUE HAS DE NEGAR, HOMBRE, QUE TIENES LA PATERNIDAD DE LOS INFIERNOS?

VOLUNTAD DE CRISTO Y VOLUPTUOSIDAD DE SATANÁS

A J. F.

La historia de la voluntad de poder—que es la mismísima historia del demonio—, comienza con la *caída de la voluntad del Angel*, con lo que puede llamarse *separación conceptual de Dios y la Historia*. Cuando el Angel, por su voluntad satánica de rebelión, viene a consumirse ardiendo en el propio infierno de su voluptuosidad, de su voluntad indolente, crea, simbólicamente, al Angel de poder, que será como el esquema ideal del hombre romántico futuro, hijo del demonio, padre de la nada, espíritu de la selva. Si Dios era—hasta entonces—, la Historia, si el Cordero era en sí mismo Manjar, tras el acto de Satanás se retira a su propia Eternidad, quedando la Historia abandonada, como acto privativo del demonio y del hombre: *como voluptuosidad demoníaca de la libertad*.

El ángel era potencia del alma; el demonio, producto del ángel con conciencia plena de su angelismo, es sentido, gusto, poder, cuerpo, olor. El demonio es como el ángel que tiene propiedades de mujer, ángel voluptuoso de columna salomónica: el ángel de las eras barrocas del pensamiento, de los ciclos mediterráneos de la cultura—una poetización angélica de Góngora, una forma de querubinismo escultórico del XVIII, un Estado político romántico—es la representación real de Satanás. Porque la voluptuosidad, como voluntad del demonio, es la *feminización de la voluntad*, la voluntad con enaguas, voluntad narcisa, voluntad edipa: la persona recostada en su propia creencia, con un amargo hemafruditismo metafísico: *la indolencia de la personalidad*. La persona es, pues, incompatible con la voluptuosidad de poder; solo el Poder, que tiene una naturaleza voluptuosa, hasta cuando aparece flagelado ascéticamente por la persona, es posible en el hombre, que es una invención diabólica. La persona es creación de Dios y redención de Cristo, manantial fresco de ardor, linterna mágica de resoluciones de salvación. El hombre, solamente, es la máscara pecadora de la persona. Acaso también, el instrumento humano del poder satánico; mientras que la persona es el sujeto misterioso de la relación religiosa, de la política clásica.

El poder, en función de voluptuosidad pura, es un dragón voraz, que consume en alimento a su propia voluntad titular, al hombre que aparentemente es sujeto suyo, al hombre—nube de la persona—, que ofrece la íntima personalidad creadora

a cambio de la materialidad del querer cumplido, de la voluptuosidad en acto. Así, la voluntad de poder acaba por no suponer la existencia de un ser poderoso, porque la realización de todo poder de creación es una suplantación de la personalidad por el mismo poder; una decapitación de la voluntad personal. ¡Voluptuosidad, voluptuosidad, túnica de Satanás, púrpura del Poder!... El Poder vive y muere independientemente del sujeto poderoso, sujeto que vive y muere—a su vez—en-cadenado, prometícamente, al poder. ¡Vida de tragedia el carnaval del poderoso, de rey que reina en la esclavitud del ser rey, que ni siquiera acompaña al Poder—nombre e imaginación humana de Satanás—, como acompaña la sombra al cuerpo, el Angel a la Persona, Dios a Dios en el misterioso Círculo de su Existencia! Reflejo, reflejo, reflejo: te llamas hombre de poder.

Pero, el poder satánico se santifica, justificándose, por *los fines*, quedando transformado en *voluntad de impotencia*, en máquina de sufrimiento e imploración. Verifícase, entonces—en determinados, escasos, momentos de los tiempos—la *unidad histórica de Dios y de la Humanidad en la Eternidad de Dios*. La voluntad de Cristo—la política clásica—florece como corona de verdad, como única rosa, mientras que la hiedra de la política romántica abraza tenebrosamente la voluptuosidad de Satanás. La unidad de la rosa ha vencido, en ese siglo de oro, a la hiedra infernal de la dispersión.

Clasicismo es arte de silbar con la boca cerrada. Un clásico es un silbido penetrante, un agudo sonido de flauta. Clasicismo es, también, arte de tocar la flauta, de cristalizar el tiempo en el sonido, arte de cristalizarse el hombre en carne de flauta por los cinco sentidos de la flauta. Clasicismo es arte de bautizo, policromía, dorado. Un clásico es la leve memoria de un aire oloroso, de un color. Clasicismo es arte de saber recibir en la iglesia el Pentecostés gregoriano del órgano. Clásico es el hombre de iglesia, el hombre vestido conforme a cánones; romántico, el salvaje de la flauta sorda. Política de clásicos es política de personas. Porque el clasicismo es *arte de hacer personas*, de evitar al hombre, errante en el laberinto selvático del romanticismo. Clásico es quien se acerca; romántico, quien sale, quien huye. Por nuestro oído derecho entra el silbido de espada de lo clásico, por el izquierdo sale el eco penumbroso de lo romántico. Romanticismo es eco, selva, salida, “*agradable unidad*” como diría—y dijo en una “*Poética*”—el falso clásico, el falso romántico, el falso Martínez de la Rosa. (A veces ocurre que el clásico ejercita el arte de silbar en la selva, como mentiroso ruiñeñor, cristalizando, en la brisa un clasicismo selvático: un cristianismo romántico, unamunesco).

Cada política es la caricatura de una poesía. Caricatura del clasicismo es la

política clásica, animada por una *conciencia de impotencia*, por una voluntad poderosa de transmutación: Si te acercas con miedo, tendrás valor; si como súbdito, serás soberano; si como débil, parecerás fuerte. Así, ese presunto motor de política clásica que se llama Federico Nietzsche resulta autor del poema romántico de la voluntad de poder. Cristo, en cambio, con negación obtiene afirmación, con guerra paz: la paz armada de los espíritus. Política clásica es política que tiene ángel, realizada por uno que no cree en la existencia de su angelismo, realizada impotentemente, queriendo acercarse: política angelica de todos los demonios. Política clásica viene a ser como una democracia de ángeles, que se rige por la fórmula: gobierno del pueblo por los ángeles; política graciosa, que da gracia sin creerla tener. Romanticismo político, por el contrario, es la conciencia demoníaca de la bondad y del poder del hombre hecha declaración de derecho, es la *estatificación de la voluptuosidad*: de la creencia sensual en el hombre, en la sombra, en la nada.

Una Reforma—y su caracterización material, “revolución”—, supone, al realizarse, su manifiesta *incompatibilidad con la vigencia de una cultura*, de un tenor de vida. Ese es, sencillamente, el sentido revolucionario de la Contrarreforma española—reforma de la Reforma—, mediante el cual, independizándose, libertándose de la vigente cultura europea, logra España ser protagonista del concepto de Europa: por su voluntad de impotencia. La hispanización, o cristianización española del mundo, tiene su origen en un móvil de pura religión individual: así como el cristiano hace al prójimo conocedor de su debilidad, España, mediante una *política clásica de imploración*, hace al universo circundante, recientemente creado por ella, testigo de su impotencia. La voluntad de impotencia de España significa que la nación, por su propia fuerza espiritual, se considera incapaz de salvación—ya que las naciones se salvan como se salvan las personas—y busca, o la conmiseración del mundo, o el premio de su caridad para con el mundo. España crea un voluntarismo de Estado: *el libre albedrío del Estado*.

Ahí está, el Escorial, representación plástica—y de paisaje—de la primera fase de desarrollo del cristianismo hispánico de la edad Moderna: la *reforma cristiana de lo católico*. Ahí está, el Escorial, *barroquismo de la línea pura, pura voluntad de impotencia*. Arbol del Escorial, con desgarrado barroquismo de inquisición, que grita, modelando en piedra, la política de silbo de la purísima España. ¡Escorial! ¡Escorial!: *auto de fe de la voluntad—y de la voluptuosidad—de poder*.

España entrega a los hombres una cultura frutal, es decir, una *política de primavera y un pensamiento de otoño*. Hacer política de primavera quizá sea contem-

plar desde la colina la invisible ascensión del nacimiento de la agricultura; pensar de otoño, acaso, el interlinear con conceptos la caída de unas hojas...

Cultura frutal es cultura de frutos—de primavera y de otoño—, cultura de imaginación frente a la muerte de la cultura pura, que es como la higuera sin higos, la higuera estéril de los Manueles Kant, negación del campo y de su Espíritu. Cultura frutal que tiene sus raíces en el mismo fondo del alma, que da al tiempo nada más que lo que es del tiempo.

Federico Nietzsche después de haber ayunado “cuarenta días y cuarenta noches” tiene hambre, sed de poder, “y llegándose a él su tentador” le dice: Si eres voluntad de poder “dí que estas piedras se hagan pan”. Luego “el diablo le pasa a la santa ciudad y le pone sobre las almenas del templo, y le dice”: Si eres voluntad de poder “échate abajo” y no caerás. Más tarde le lleva “a un monte muy alto, y le muestra todos los reinos del mundo, y su gloria, y dícele: Todo esto te daré, si postrado me adorares” (Mateo 4, 1-11). Y Federico Nietzsche, tormenta de la fantasía, sueña a los pies vegetales de Satanás la voluptuosidad del poder (1).

Cristo es como la tempestad de serenidad que Nietzsche niega al admitir, dialécticamente, los presentes diabólicos, que son en su mitología atributos “nobles”: el oro, la conciencia y el poder. Pero, esa tormenta de clasicismo—de unidad histórica—, que es Cristo alumbrará con los evangélicos relámpagos de la Pasión de su Voluntad, al Filósofo, que rechazará con el tizón hogareño a la Diabla, creando un período iluminado de la filosofía; alumbrará a la Santa que hará huir al Ca-

(1) “El Antecristo” de Nietzsche está escrito con la intención de acabar con la voluntad de impotencia que Cristo practica al ser tentado, y que San Mateo narra en los once primeros versos del capítulo cuarto de su Evangelio. El Antecristo, para el filósofo alemán, es una voluntad de vida y de felicidad terrena. Estos dos postulados siguientes, brevemente apostillados por mí, son como la base de la argumentación nietzscheana:

a) “La vida es para mí (para Nietzsche) el instinto de crecimiento, de duración, la acumulación de fuerzas, el instinto de “poder”; donde falta la voluntad de poder hay degeneración.” (El tiempo no permite a la vida toda esa labor de amortización de poder. La vida es, pues, la defensa de la personalidad contra la desesperación.)

y b) “¿Qué es la felicidad? El sentimiento de que el poder “aumenta”, de que ha sido vencida una resistencia.” (Si el poder aumenta, la personalidad—es decir, la libertad de la persona—, disminuye.)

El cristianismo es, en efecto “contradicción”, pero no en la labor crítica de Nietzsche sino en su propia naturaleza. Lo que el filósofo creyó defecto era virtuoso retrato, esencia, voluntad real. ¡Nietzsche! ¡Nietzsche!... ¿Por qué te dejaste caer en la tentación?

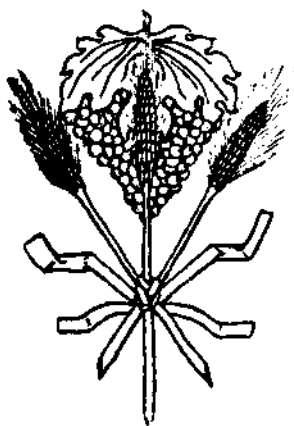
ballero—como concibe al demonio caballerescamente, “vestido de gala” a la manera imperial, la imaginación y voluntad dramática de nuestro siglo xvii—cerrando, con hecho ejemplar, un período poético de la historia de la santidad. Cristo, pues, hace posible, que, a través de las épocas, reine su voluntad santísima sobre la voluptuosidad de Satanás.

Y esto es lo que todos los días le pedimos—al mismo tiempo que solicitamos el pan que nos alimente—, al decir: “No nos dejes caer en la tentación”. Con estas palabras queremos significar: ¡Danos tu Voluntad, y libranos de la voluptuosidad del Enemigo! (Porque hasta la voluptuosidad en Cristo es pecado. La mística—esa *voluptuosidad livida*—nos atemoriza, nos sobrecoge. La voluntad del místico es voluntad casi-voluptuosa: alta política de la voluptuosidad.)

“No nos dejes caer en la tentación”, es decir: ¡Oh Dios, que tu Voluntad en nosotros triunfe de la voluptuosidad satánica, de las tentaciones de que fué víctima nuestro hermano Federico Nietzsche!.

RAMÓN SIJE

ORDEN PUBLICO



REFORMA AGRARIA

PROFECÍA—sobre el campesino

Tú no eres tú, mi hermano y campesino;
tú eres nadie y tu ira, facultada
de manejables arcos acerados.

A tu manera faltas sosegada,
a tu amor y destino,
veterana asistencia de los prados.

Cornalón por la hoz, áspero sobre
la juventud del vino,
apacientas designios desiguales;
dices a Dios que obre
la creación del campo solo y mondo,
¡tú!, que has sacado a Dios de los Trigales
candeal y redondo.

Pides la expropiación de la sonrisa
y la emancipación de la corriente
—¡lo imposible!—del río.
Dejas manca en los árboles la brisa,
al ave sin reposo ni morada,
con el hacha y el brío.

Escaso en todo y abundante en nada,
el florido lugar de regadío
se torna de seco.
A ras de amarillo nacimiento
se queda la simiente,
sin el cuidado atento
de tu nocturna y descuidada mano.

El sexo macho y fuerte de la reja,
al surco femenino, en desaseo,
para abrir cauces a la muerte, deja.

Espera algún meneo
el suelo ya del fruto exceptuado.

Al prado no pastura ya la oveja:
pasto puro es la oveja ahora del prado.

¡Desolación!... ¡desolación!... La hoguera
¡qué riquezas! altera,
¡qué lucientes estragos!,

¡qué admirables catástrofes! atiza,
ardiente iniquidad de ciervos vagos.

Se cosecha ceniza,
parvas de llamaradas.
en la Sagrada Forma de la era.

Están las viñas ruines
y las espigas desorganizadas.

¡Cain! ¡Cain! ¡Cain de los cáines!

Infectado de ambición, malgastas
fraternales carmines,
buscas el bienestar con malestares.
Bate las tiernas hermosuras vastas
de los verdes lugares,
a bocados, tu azada temerosa.

Tu puño los viñedos ya no ordeña,
y el visco de su leche se derrama.

¡Amargo! te es el vientre de tu esposa
como el abril en flor de la retama.

Tu voz, de valle en valle y peña en peña,
de tu cólera espejo contrahecho,
incita a tus iguales a verdugos.
para sacar de todo—¡qué provecho?—
más trabajos, más bueyes y más yugos.

¡Reciennacer! ¡Reciennacer! precisas.
¡Reciennacer! en estas malas brisas
que corren por el viento,
dando lo puro y lo mejor por nulos.
¡Volver! ¡Volver! al apisonamiento.
al apasionamiento de los rulos.
Sentir, a las espaldas el pellejo,
el latir de las vides, el reflejo
de la vida del vino,
y la palpitación de los tractores.

¡Ay!, ¡ama!, campesino,
¡adámate! de amor por tus labores.

El encanto del campo está seguro
para tí, en tí. por tí, de tí lo espero.

En nombre de la espiga, te conjuro:
¡siembra el pan! con esmero.

Día vendrá un cercano venidero
en que revalorices la esperanza,
buscando la alianza
del cielo y no la guerra.

¡Tierra! de promisión y de bonanza
volverá a ser la tierra.

MIGUEL HERNANDEZ GINER

ROMANO GUARDINI O UN FUERTE RUMOR DE CADENAS

Llega en buena sazón a España este maestro de juventudes. La nuestra, la juventud española, está dando en sus ideas un viraje salvador. Ha tomado la vieja ruta, maciza, resistente como calzada romana y sobre su cabeza advierte, protectora, la ancha bóveda de los valores inalterables.

El 1933 queda como flecha indicadora y convencional. Hasta ahí, en las pasadas décadas de este siglo, nuestra juventud, en buena parte, trabajaba bajo otros signos. Fueron su divisa los pies veloces de Aquiles. Salir, no dejarse aprisionar por las cosas, que es caer en aborrecible pasividad, escurrirse de todo lo que lleva marchamo de siglos, gesto cansino de años. Pero todo este lanzamiento incesante a la acción era de tipo deportista. La acción, que en las criaturas no es sino un medio, se convertía en meta. No interesaba construir sólidos edificios, cobijo y defensa de los hombres; era otra la tarea: forzar al espíritu a que, de esta guisa, fuera quemando todas sus posibilidades.

Los jóvenes de entonces se ufanaban repitiendo las sutiles lecciones de André Gide. Esas lecciones, trasvasadas en los cerebros de acá, hacían hasta fortuna. Nathanaël, el discípulo de *Nourritures terrestres*, se endiosaba por aulas y salitas

reviviendo el más integral subjetivismo. "Il y a profit aux desirs, et profit au rassasiement des désirs parce qu'ils en sont augmentés. Car, je te le dis en vérité, Nathanaël, chaque désir m'a plus enrichi que la possession toujours fausse d'objet même de mon désir." No escapaba a la agudeza del seductor, que, de ordinario, las riquezas tienden a conducir antes que a ser conducidas. ¡Y siente el joven que baja a las grutas frescas y musgosas de su vida romper de cada rincón tanto rico yacimiento! ¿Para qué, pues, limosnear de mi circunstancia sensible o cultural normas orientadoras, si soy yo quien al arrojar la luz, abro los caminos?—"Et tu seras pareil, Nathanaël, a qui suivrait pour se guider une lumière que lui-même tiendrait en sa main".—No cabía enseñar, al discípulo su autodeterminación suicida con más fina imagen. Me recuerda las flores y el áspid de Cleopatra. Así, entre irresistibles bellezas, los maestros mataron en las mentes jóvenes los principios trascendentes, reguladores de las pretéritas generaciones.

Rotas las amarras que sujetan el intelecto al ser, quedó dócil a toda sibilina sugerencia con promesas deificadoras, cuando ya rodaba por el mundo complacido la diomisiaca expresión de Nietzsche, el "Der Wille zur Macht", la voluntad del poder.

Desenraizada la mente de todo lo objetivo, tensa la ciega voluntad para la nueva conquista, todo maestro será escuchado, todo capitán entusiastamente seguido. Y fué así. Cuando desde la otra orilla, sereno, se observa el furioso oleaje que sacudió a la juventud, todavía la emoción pavorosa nos hiela el alma. Los axiomas inconcusos de la moral, las esencias hispánicas que muchos supusimos intangibles y gloriosas, todo debía ser quemado, y de las cenizas cribadas salvar las pocas gemas dignas de la España futura. "Toda ética—decía Ortega en sus *Meditaciones*—que ordene la reclusión perpetua de nuestro libre albedrío dentro de un sistema cerrado de valoraciones, es *ipso facto* perversa". Ni es menos tajante al rechazar la tradición. "Español significa para mí una altísima promesa que sólo en casos de extrema rareza ha sido cumplida. No, no podemos seguir la tradición, todo lo contrario: tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición. De entre los escombros tradicionales, nos urge salvar la primera substancia de la raza, el módulo hispano, aquel simple temblor español ante el caos".

No creemos que España sea un rostro minuciosamente detallado, espléndido de luz, como esos rostros acabados que Rembrandt nos da en una "Lección de Anatomía", v. gr.; pero en una historia multisecular, como la nuestra, hay algo más que módulos y temblores ante el caos. La juventud, la incipiente y la adulta, retorna con entusiasmo consciente al *Imperium*, a la substancia católica hecha alma nacional. Pero no vuelven para anquilosarse, para volverse *pasado*, sino para sorprender al Sol imperial en su salida, en esa hora en que, hinchado de porvenir,

muestra su significación más auténtica. Quiere, pues, al estilo del grupo resuelto que se mueve en torno a *Esprit*, establecer sobre la primacía de lo espiritual, los asientos de un orden humano que ya no puede ser sino católico. A fuer de auténticos españoles reconocen que el módulo español está hecho de ideas ecuménicas de catolicidad.

En esta tarea de reconstrucción los jóvenes leerán con provecho las obras de Guardini.

Romano Guardini es una mezcla feliz de cultura teutónica y fuerza latina. Por su nacimiento—en Verona en 1885—lleva ingénitos el vigor, la clásica precisión, la fuerte luminosidad de la raza latina; pero trasladado al poco de nacer a Maguncia, toda su formación es alemana. En Munich y Berlín se le ve, al comienzo de la Gran Guerra, ocupado en estudios de Química, Medicina y Economía. Cambios de programa anuncian insegura dirección. Al poco en Berlín tuvo su Damasco. Abraza el sacerdocio. Profesor de Teología de la Universidad de Bonn en 1920, y dos años más tarde, de Filosofía Católica—*Katholische Weltanschauung*—en la de Berlín. Sus escritos preferentemente los dirige a los jóvenes. En Alemania las juventudes de la post-guerra llevaban el desánimo, la desesperación en las mismas raíces del alma. ¿No habían visto abatirse, como juegos de ilusión, todo un mundo de suficiencias predicado con tanta seguridad? ¿Para qué, pues, recomenzar la vida, si todo lo que creyeron indefectible lo tenían delante, por los suelos, como un poco de ceniza humillada? Y vino la crisis, y los oídos, por postrera y estúpida solución, recibieron el grito de Nietzsche: “Jóvenes, el corazón de la tierra es de oro”.

Pero frente a ese grito libertino, sonó el de este joven sacerdote, invitando a la piedad y a la obediencia. La voz de Guardini despertó un fuerte rumor de cadenas. No sabían por qué secreto poder palabras antiguas, cargadas de vejez, a ellos, los jóvenes, sin acunamientos autoritarios les habían seducido hasta la esclavitud. Y le proclamaron “maestro de la intuición psicológica”.

Es este el más encomiástico título que merece *a iure*. Abunda el escritor de gesto doctoral, tenaz repetidor de frases abstractas, que confunde el valor intrínseco de la verdad con el de su exposición. Ayuno de sensibilidad artística, no tiene el resorte mágico para derribar suavemente el corazón. Verdades que afecten todo nuestro ser, toda nuestra personalidad, que tienen, por contra, enemigos tenaces, dentro de nosotros mismos, no se reciben como puros teoremas geométricos; así propuestas, nunca abrirán en las almas hondos surcos para que sea gallarda la fecundación. Solo, pues, el que sepa intuir, a fuerza de sagacidades, la vida bulle e irrepresa de los jóvenes podrá hacer obra eficaz.

Guardini a más de haber buceado en las profundidades oceánicas de la psique juvenil, posee, para señorearla, al lado de su formación escolástica, una ingente cultura moderna, ayudada por su imaginación exquisita, fértil en imágenes gráciles y helénicas. De ahí esa emoción cordial, esa gracia agustiniana que transpiran sus escritos. Ideas que por largos años llegaron con martilleo monótono a nuestra percepción, entran ahora llenas de poder, de vitalidad, como dioses robustos de mitología. Instantáneamente, en nuestro interior, se da una renovación vigorosa, una efervescencia de energías soñolientas que impele a la acción; pero esta vez, a una acción auténtica, puesta al servicio de Dios y del mundo.

Una sola de sus obras está vertida al castellano: "*El Espíritu de la Liturgia*". Su traductor, el P. Félix García, agustino, la prologa con una bellísima y extensa Introducción. Nos parece indispensable para conocer a Guardini profundamente.

Esta obrita, una maravilla de agilidad estilística y de concepción robusta, abrió a la juventud alemana un mundo espiritual nuevo. En torno del "opus liturgicum" se agrupó el alma de la joven Alemania deseosa de una vida sobrenatural. El movimiento fué extenso y consolador. Y todavía perdura pujante, si, aparte de otros informes, hemos de contar las numerosas ediciones que el libro ha conseguido.

"*Espíritu de la Liturgia*" no traza la génesis histórica de los ritos litúrgicos, ni, al estilo de Huysmans en "*L'Oblat*", quiere ganar adeptos por la emoción estética; busca rendirlos por la verdad viva y graciosa. En esta, como en otras obras suyas por mí leídas, su inteligencia es un avión de caza; inquieto, sino sube en dos vuelos a las alturas remotas para dominar los más vastos horizontes. Lleva el sello inconfundible del pensador.

Hagamos votos para que en esta hora de resurgimiento español las obras de este maestro ayuden a nuestra juventud. (1)

(1) ALGUNAS OBRAS DE ROMANO GUARDINI

Neue Jugend und Katholische Geist (Nueva Juventud y Espíritu Católico). Mainz, 1924.

Siun der Gehorchens (El sentido de la Obediencia). 1920.

Auf dem Wege (En marcha).

Liturgische Bildung (Formación Litúrgica). 1923.

Von Heiligen Zeichen (Los Signos Sagrados). 1929.

Das Gute, das Gewissen und die Samlung (El Bien, la Conciencia y el Recogimiento). 1930.

Von lebendigen Gott (Acerca de Dios vivo).

Das Gebet des Herrn (La Oración Dominical). 1932.

Briefe vom Comer See (Cartas desde el Lago Como).

METAFÍSICA DE LA SANTIFICACIÓN DEL NOMBRE

(SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE)

Se trata del nombre de Dios. De una palabra, pues. Ahora, que internarse en lo que significa la palabra, es medio para llegar a las cosas más profundas.

Una creación de sonidos es la palabra; una oscilación del aire; un movimiento de labios y garganta. Pero con esto sólo se indica la corteza. La palabra es un ser de historia múltiple. Es un cuerpo con alma, con espíritu. Su espíritu está en la significación, adjunta al sonido, en el ser, en el sentido que el hombre pensó y expresa en palabras. Su alma está en lo que sale vibrando del corazón y secretamente en ellas vive. Dentro de esta unidad de alma y de cuerpo contiene cada palabra algo universal, que vale por doquiera; algo, también, particular que sigue estrechándose hasta lo singular, de manera que la palabra sea del que habla y no de otro.

¡Qué fugaz creación es la palabra! Todavía no es nada—hablo, y se levanta, se extingue en seguida, sin dejar huella—. Si meditamos, veremos, empero, que hay algo más. Las palabras “árbol” o “libro” o “amistad” ya existían, cuando yo todavía no las pronunciaba. Mis padres y mis maestros me las enseñaron. Las palabras, y su conexión, el lenguaje, no son algo que la persona lanza fuera como expresión de su interior, sino creaciones esenciales. Formas llenas de sentido en las que habla la Existencia. Formas por ésta exigidas para concretarse y alcanzar hechura. Modelamos las palabras, y ellas, a su vez, nos modelan. Somos nuestro lenguaje, y sin embargo parece como si éste fuera autónomo, y nos saliera al encuentro y nos determinara. Crea un mundo, una ordenación de la existencia en la que el individuo nace y se mueve. El lenguaje nos acoje, nos forma y transforma. Hasta la más íntima reconditez llegan las palabras. Sólo nos es posible pensar hablando. Ya en la misma raíz de nuestro interior vivimos con la palabra, y ella nos encauza. Caminos de nuestra vida, formas de nuestra existencia. Son fuertes las palabras, las fugaces creaciones! Dominan con fuerza increíble. Pueblos desaparecieron hace largo tiempo, pero mántiense firme su lengua. Puede una ciudad ser arrasada, olvidado su fundador, no quedar rastro en ella de vida, pero sus nombres se conservan.

Las palabras son poder. Hasta con fuerza tempestuosa han sacado a los hombres de su monotonía llevándolos a lo alto. Son llamas de fuego caídas en las almas, las grandes acciones las han movido, han descerrajado sus profundidades creadoras haciendo posible las obras geniales. Han redimido, dado fuerza, despertado confianza, han herido, como garfios han mordido, envenenado, destruido.

En todas las lenguas humanas existe una palabra con la que se significa el Ser más perfecto, de quien todo procede, a quien todo se ordena, y de quien todo recibe sentido y movimiento: la palabra "DIOS".

Según una sagaz anécdota, esta palabra no proviene del hombre. Con todo el saber que encierra le fué comunicada en el Paraíso, y, ahora, puesta en su lenguaje, le endereza, le conduce y enseña.

Ha sucedido con esta palabra algo singular. En una hora determinada de la Historia ha llamado Dios al hombre y se le ha revelado: cuando habló a Abraham, a los patriarcas, a Moisés. Allí se manifestó como Señor de la Historia, que llega con divina libertad, y llama y concluye un pacto con el hombre. Desde entonces se apropió el hombre la palabra "DIOS" y de ella se sirvió para nombrarle. Pero no al estilo de los demás nombres cuando con ellos queremos notar una singular pertenencia: esta tierra o este hombre en oposición a los otros, no. Esa no es la significación fundamental del nombre. "NOMBRE", en su genuino sentido connota algo más que un mero señalamiento: contiene el ser de lo nombrado; es algo plenamente misterioso; está indicando la esencia misma de lo que se nombra.

Este misterio, flotante, con cierta imprecisión en hombres y cosas, Dios para sí lo ha limitado y sellado. El se ha recogido, por decirlo así en su Nombre; habita en él. Si dijo desde el Templo: "Mi Nombre estará allí", eso, pues, significaba: Yo mismo estaré allí. Y cuando se decía: "Tu santo Nombre sobre nosotros ha sido invocado", eso quería decirse: cuantas veces se te llama, Tú vuelves, estás de camino hacia nosotros...

Así ha entrado el nombre de Dios a formar parte de nuestro lenguaje, y así Dios y su Nombre se sitúan en la historia humana. Es una parte de aquel mundo de formas, el lenguaje, que acoge y acuña a los hombres; en ellos entró y actúa, hasta en las raíces mismas de su existencia.

Pero el precepto divino imponía "no tomar el Nombre de Dios en vano". El temor respetuoso a su Nombre ha vivido en el pueblo judío y le ha impreso su sello. A este Nombre, en el que Dios mismo se replegaba y perduraba en el idioma humano, lo rodeó de respeto tal, que por miedo a deshonrarlo pronunciándolo, en su lugar empleaba la palabra "Señor".

Así queda en el mundo este Nombre en el cual El habita. En él pásase Dios por el lenguaje humano; ocurrele lo que a las demás palabras: Se hace fugaz, expuesto a una existencia llena de vicisitudes, es poderoso, actúa, crea, se le honra y se abusa de él. Objeto de veneración y adoración, mas también empleado para maldecir; se le pronuncia orando y bendiciendo, mas también distraídamente, dudando, blasfemando. Y hasta ocurre que esta santa palabra se mueva entre nosotros como una sombra. "Por Dios!" se oye decir, y "Dios mío!" Interrogando

al que las pronuncia, si cree en El, no es raro una contestación como ésta: Es costumbre... Así pasa el Nombre de Dios por el lenguaje humano, sin sentido, como un fantasma, mejor diríamos: cómo un desterrado, como un desconocido en tierra extraña.

Y en el Padre nuestro se nos exhorta: Tú debes saber que tienes una obligación para con el Nombre de Dios. No sólo honrarle, sino tener cuidado de El. Has de saber de su Santidad, de su fuerza, de su orfandad, de su abandono. Has de preocuparte de él, y del modo que sólo te será posible por la fe: de acuerdo con Dios mismo: Rogándole que la santidad de su Nombre se sienta y se muestre, que encuentre un reposo en los corazones, que sea santificado entre los hombres.

¿Cómo se logra esto? Se logra usándolo no para blasfemar, sino para adorar, no dudando, sino creyendo; no en la maldición sino en la bendición; no con ligereza, sino con gravedad; no con malos sino con buenos pensamientos.

Todo esto es verdad, pero aún no está todo. Lo último se expresa diciendo: "Santificado" sea el tu Nombre. Más allá de la santidad, no queda nada. Lo santo, sólo se puede sentir, afirmar, interiorizar. Si decimos: "Tu Nombre es santo", indicamos la particularidad de su existencia: lo que a El solo es propio, lo extraño, lejano, misterioso, lo paternal, y todo lo que, deseando expresar lo inexpresable, aducimos para llegar a lo que es más propio de El.

Esto es lo que debemos "santificar". Debe despertar en nosotros una conciencia encaminada a toda tendencia santa, de conformidad con lo santo de que ella proviene. Con generosidad, ternura y fortaleza debemos envolver interiormente el Nombre de Dios. En lo hondo de nuestro espíritu debemos estar arrodillados delante de este Nombre; extender nuestras manos alrededor suyo, poner celo para que no caiga en el abandono.

Es un celo del todo divino, que podía santificarnos a nosotros mismos. El Nombre llegaría a ser para nosotros una fortaleza, actuaría y nos transformaría.

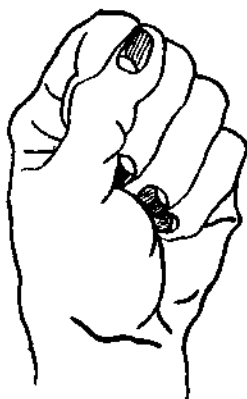
Y así pedimos en el Padrenuestro: Haz que yo entienda este misterio, haz que me preocupe del alimento, de los míos, de mis actividades, de todo lo noble e importante. Mas, sobre todo, que me preocupe contigo de lo tuyo: de tu nombre y de tu gloria...

(DAS GEBET DES HERRN

Die erste Bitte

Gehelliget Werde dein Name.)

(Nota y traducción de Fray Buenaventura de Puzol).



LAS VERDADES COMO PUÑOS

PITAQUERIA.—DECADENCIA DE LOS OJOS DEL SACERDOTE.—CABARETE Y AMOR.—OBRERO PARADO DE NO VIVIR.—HACE FALTA UNA POESIA DE BURLAS.—AFORISMOS SOBRE LA LIBERTAD Y SOBRE LA CARIDAD.—BANDERILLA DE FUEGO A EUGENIO D'ORS.—SAN AGUSTIN Y EL FASCISMO.

PITAQUERIA, nombre de la filosofía escéptica, introducción a la vida cómoda. Pitaco predica: Aprovecha las ocasiones, es decir, aprovecha las verdades. Pitaquería, nombre picaresco de la filosofía profesional: nombre del juego de los nombres. Verdades partidas por dos, verdades partidas por tres—piden los vividores del naufragio, los abogados del escepticismo. ¡Abajo las pitaquerías de todo género! Verdades sin partir, *verdades como puños*.

LA pureza de una cultura sacerdotal se demuestra por la existencia de unos ojos limpios. Jinete sobre sus ojos deberá impedir el sacerdote el desenfrenado galope de las yeguas verdes, negras, pardas, que conduce inevitablemente al abismo de la muerte. Pedimos al sacerdote que cuide de sus ojos. Pedimos ojos para uso de sacerdotes. Pedimos sacerdotes para limosnas. Antes perder los ojos, sacerdote, que perder las bridas.

¡CABARETE, cabarete, como divides la unidad del amor!

EL Estado que aplica una ley de Vagos al obrero parado manifiesta palpablemente la sinrazón jurídica que le sirve de base. Obrero parado de no comer, de no vivir, de permanecer siempre en el mismo negro día. Obrero parado, vago "a posteriori", casi-mendigo. Ese mendigo que debe atropellarnos perdiendo su *paciencia cristiana*, ya que nosotros hemos perdido la *misericordia*. Y aún gritamos desaforadamente, con los pulmones enguantados: ¡Ley de Vagos! ¡Ley de Vagos! Como antes se gritara: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!" Y los vagos—vagos "a priori"—somos nosotros: siempre en la terrible vagancia del no dar.

HACE falta una poesía agria de burlas, que razonadamente se ría del mundo y del hombre. Burlas que nos atemoricen, burlas que nos reduzcan a nuestro propio papel de convidados de piedra. Burlas, nada más que burlas. ¡Burla de sí mismo, y buñuelo de viento es el hombre!

LA libertad bien entendida comienza por uno mismo. La caridad bien entendida comienza por los demás.

EUGENIA de Montijo, emperatriz de los franceses. Eugenio d'Ors, emperador de los franceses.

OFICIALES de correos y telégrafos ocupan, ya, los puestos rectores del casi naciente fascismo hispánico. Quizá por su presunta psicología revolucionaria, por su pedantería técnica de funcionarios mimados. Fascismo, pues, funcionarista: de abogados y marqueses que son diputados, de poetas que son catedráticos: *fascismo oficial de correos y telégrafos*. Fascismo, por consiguiente, *partido*, partido político y partido por el eje; fascismo que huele: a política sangrienta de alcantarilla. *El fascismo es incompatible con la unidad de la razón*. Recuérdense aquellas áureas palabras agustinianas: "La razón humana es una fuerza que conduce a la unidad". El fascismo tiene la razón de la fuerza, pero no la fuerza de la razón. Agota su propia capacidad creadora antes de llegar a la *nación*, cosa racional una, cosa real una: *puño temeroso y amenazador*. ¡Falange!..., bueno; falange, falangina y falangeta: un dedo. Para moldear el concepto de España se necesitan todas las manos del alma.

IGLESIA CRISTIANA E IGLESIA FARISEA

(AMONESTACION SOBRE LA VIDA SACERDOTAL)

“Entonces habló Jesús a las gentes y a sus discípulos,

2. Diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los Fariseos:

3. *Así que, todo lo que os dijeren que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras: porque dicen, y no hacen.*

4. *Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; mas ni aún con su dedo las quieren mover.*

5. *Antes, todas sus obras hacen para ser mirados de los hombres; porque ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos;*

6. *Y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas;*

7. *Y las saluciones en las plazas, y ser llamados de los hombres Rabbí, Rabbí.*

8. *Mas vosotros, no queráis ser llamados Rabbí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo; y todos vosotros sois hermanos.*

9. *Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos.*

10. *Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo.*

11. *El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo.*

12. *Porque el que se ensalzare, será humillado; y el que se humillare, será ensalzado.*

13. *Mas ¡ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; que ni vosotros entráis, ni a los que están entrando dejáis entrar.*

14. *¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque coméis las casas de las viudas y por pretexto hacéis larga oración: por esto llevaréis más grave juicio.*

15. *¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! Porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito; y cuando fuere hecho, le hacéis hijo del infierno doble más que vosotros.*

16. *¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Cualquiera que jurare por el templo es nada; mas cualquiera que jurare por el oro del templo, deudor es.*

17. *¡Insensatos y ciegos! porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro?*

18. *Y: Cualquiera que jurare por el altar, es nada; mas cualquiera que jurare por el presente que está sobre él, deudor es.*

19. ¡Necios y ciegos! porque, ¿cuál es mayor, el presente, o el altar que santifica al presente?

20. Pues el que jurare por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él:

21. Y el que jurare por el templo, jura por él, y por Aquél que habita en él;

22. Y el que jure por el cielo, jura por el trono de Dios, y por Aquél que está sentado sobre él.

23. *¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque diez-máis la menta y el eneldo y el comino, y dejastéis lo que es lo más grave de la ley, es a saber, el juicio y la misericordia y la fe: esto era menester hacer, y no dejar lo otro.*

24. *¡Guías ciegos, que voláis el mosquito, mas tragáis el camello!*

25. *¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo que está de fuera del vaso y del plato; mas de dentro están llenos de robo y de injusticia.*

26. *¡Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera se haga limpio!*

27. *¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que de fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas de dentro están llenos de huecos de muertos y de toda suciedad.*

28. Así también vosotros de fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres; mas de dentro, llenos estáis de hipocresía e iniquidad.

29. ¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos.

30. Y decís: Si fuéramos en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas.

31. Así que, testimonio dáis a vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.

32. ¡Vosotros también henchid la medida de vuestros padres!

33. *¡Serpientes, generación de víboras! ¿cómo evitaréis el juicio del infierno?*

34. Por tanto, he aquí, yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas: y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad:

35. Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Barachías, al que matasteis entre el templo y el altar.

36. De ciertos os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

37. *¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a*

los que son enviados a tí! ¡cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!

38. He aquí vuestra casa os es dejada desierta.

39. Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

(Mateo, capítulo 23).

“Y salido Jesús, íbase del templo”...

(Mateo 24, 1).

LA VERDAD DE PILATO Y LA VERDAD DE LOPE

LA VERDAD PASADA POR AGUA

“Dícele Pilato: ¿Qué cosa es verdad?” (Juan 18, 38).

LA VERDAD DEL BAUTISMO

“Hija del tiempo, que en el siglo de oro
viviste hermosa y cándida en la tierra,
de donde la mentira te destierra
en esta fiera edad de hierro y lloro;

Santa Verdad, dignísimo decoro
del mismo cielo, que tu sol encierra;
paz de nuestra mortal perpétua guerra
y de los hombres el mayor tesoro;

casta y desnuda Virgen, que no pudo
vencer codicia, fuerza ni mudanza,
del sol de Dios ventana cristalina;

vida de la opinión, lengua del mundo,
mas ¿qué puedo decir en tu alabanza,
si eres el mismo Dios, Verdad divina?

LOPE DE VEGA

LA GALLINA Y EL LOBO EN BUSCA DE LA VERDAD

Existe una política pilatesca: política de circunstancias. Puede someterse, por consiguiente, la historia, pantalla de proyección de todas

las políticas, a una interpretación pilatesca: la fuerza de las circunstancias como motor histórico. La política pilatesca, realizada por la inacabable dinastía de los Pilatos; la representación pilatesca de nuestro pasado de europeos, hecha por historiadores monomaniacos de indiferencia, nos han construido esta pobre Europa apilatada y gallinácea. Y es como dicen ellos: ¡La importancia de ser una Europa de circunstancias!...

Lope y su dinastía de los lobos—vértice vital y racional de las virtudes y defectos de un tipo de hombre—, es la tesis frente a la antítesis de Pilato y de los Pilatos. Las gallinas se despluman, dejan de ser: ¡la verdad, la verdad implume!

ANTOJOS DEL GALLO

LIBROS RECIBIDOS: Félix Ros, "*Verde vos*".—José María Pemán, "*Señorita del Mar* (Itinerario lírico de Cádiz)".—José Bergamín, "*La cabeza a pájaros*".

POESIA VERDE Y VER-DE POESIA

*"Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche".*

J. DE LA C.

Romanticismo naturalista este romanticismo de Félix Ros en su desconcertante cuaderno de poesía. Pero, ese naturalismo romántico, ese materialismo poético, aparece sublimado por una metafísica de la materia, por una metapoética del narcisismo que la crea, contemplándose en el espejo del poema.

*"Las manos no son nuestras; nos las traen
los deseos, palpándolos",*

dice Félix Ros, afirmando, de manera precisa, el principio básico de su filosofía y de su ética. *La voluntad*, como fuerza creadora y cosa creada, *está en las cosas*, en las circunstancias, y no en el hombre.

El mismo poeta se llama, fatalistamente, "hombre de cosas". Y en verdad que lo es: de terribles, amargas cosas:

*"¿Quién soy yo, si el pensar que me levanto
hasta tí, Dios, ante tí, Dios, me inmola?"*

pregunta en inquietantes, enigmáticos versos. Trata de evitar el poeta—y éste es su segundo principio fundamental—, la libertad y la liberación del alma conseguida por la muerte espiritual—y civil— del hombre, porque *la idea de muerte—para él—es una idea clásica de personalidad*. Romanticismo naturalista, o materialismo romántico, pues, la poesía de Félix Ros, que se realiza poemáticamente por las imágenes de un *barroquismo apático*—si se entiende por apatía el estoicismo del materialista, del espiritualista de la materia.—Imagen barroca de ojos, frutalmente optimista unas veces:

“Madalena
detrás de la celosía
a rayas, como una cebra
llena
de luna, bravía
la venenosa culebra
del deseo”.

Otras, la imagen es como un invierno de frío poético y tempestuoso:

“¡Largo puñal de voz sin collar de rubíes,
como la angustia inútil de pensar que no hay Dios!”

¡Cuánto *ver-de* poesía, cuánto entendimiento poético!... ¡Cuánta primaveral, material, *verde poesía*, si se la estudia desde el punto de vista tenebroso y cristalino de la poesía pura!... Poesía pura es poesía de pureza, *pura poesía*, *poesía* a secas. Félix Ros nos ofrece el *realismo escondido* de su poesía en este libro trágico, que nos demuestra la existencia de una poesía, distinta por naturaleza—y éste es su alto valor— de la poesía de pureza.

Asombrados preguntamos al aire, misteriosamente:
—Poesía eres tú, o una expósita que se llama Poesía.

POESIA NEGRA DE JESUITA

Crear a Cádiz por la poesía—como lo reconoce el mismo José María Pemán de manera implícita—, es hacer versos para una antología de Cádiz. Cádiz de sentimiento, virginal, envuelta en las tenues gasas de sus luces, Cádiz

...“señorita
del Mar, novia del Aire”;

Cádiz, stampa de color,

...“un poco genovesa
y un poco peruana.”;

Cádiz, concepto terminal del concepto de Europa,

“lazo de humanidad y cultura”;

Cádiz diosa, sueño en sí misma de Cádiz, en el gozo de su totalidad creadora:

“Sobre el mar luminoso y sonriente
tu volumen preciso y encalado
sin oscuras leyendas del pasado.
¡Todo, como la luz, puro y presente!”

Esas dulces *Cádiz* antológicas, finos hallazgos poéticos, justifican, aún teniendo en cuenta la desigualdad conceptual y de manera de “Señorita del Mar”, el libro de José María Pemán. El poeta se enamora de su ciudad, y muestra el amor en sus imaginaciones, en sus alusiones metafóricas: la fiesta infantil interrumpida es como “un surtidor quebrado” y como “una pifia cubana” la tarde olorosa de Cádiz. A veces la imagen se hace *tono*, ese final de parlamento casi teatral que busca, podría decirse, la corroboración del aplauso, tan característico en la poesía de Pemán; a veces, *tonillo* de romance, contagiándose de ese abuso popular de la moderna poesía española.

José María Pemán es un *agónico conflicto de unidades para llegar a la Unidad*, de casos literarios—téngase en cuenta la multiplicidad y diversidad de sus ocupaciones intelectuales—, para llegar al hecho poético puro. Su poesía es poesía de “toreros y jesuitas”. Creo, que debería únicamente ser: *negra poesía jesuita*, que es la sola poesía verdadera: negra, de apurarse poéticamente; de salvarse por la *fe con obras* del poema. El torero ensotonado, fantasma y jesuita: esa puede ser la perfecta e ideal realización poética de Pemán. ¡Qué de quites daría el jesuita con la negra capa de su sotana: de su poesía!...

PÉNDULO Y CARBONERÍA

Lo que Miguel de Unamuno es al cristianismo, es José Bergamín al catolicismo: *la fe del péndulo frente a la fe del carbonero*. Bergamín, en “La cabeza a pájaros”, escribe agudamente, con el oído: “El péndulo no está nunca dudoso: está siempre dudando. Dudando con fe: con exactitud, con seguridad”. Y socarrona y pícaramente añade en otro sitio del mismo libro: “Para salir de dudas hay que entrar definitivamente en el infierno”.

José Bergamín piensa en “el viñedo verde” de su sufrimiento. Sufre su pensamiento como un cilicio: los hombres se encuentran en el robinsonismo del dolor. Pero, juega incansablemente con el dolor de su pensamiento, y con el pensamiento de su dolor: juega para salvarse.

Juega con la fe, el aburrimiento, la frivolidad, la música y los gallos "republicanos". Juega a juegos de vida o muerte: *juegos de plomo*: "Cuando se tiene la cabeza a pájaros hay que andarse con pies de plomo". Esa actitud, es la actitud católica ante la vida, que José Bergamín preconiza: "La animación del mundo es la solidaridad de las almas en la soledad de los cuerpos: la religión católica".

¿Y la libertad? Bergamín se libera del infierno—terrible *diversión* de los ciegos de espíritu—, clavando en las cosas y en su alma las saetas de sus dulces aforismos ásperos.

Aire de seminario y revolución. . . José Bergamín, José Bergamín: ¿qué hacer con los hombres cuya cabeza vive sin pájaros?

—Carecen *realmente* de cabeza.

Y este es el aforismo de los hombres que no tienen la cabeza a pájaros.

R. S.

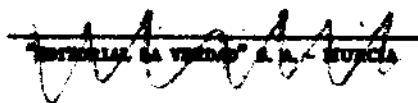
LIBROS COMPRADOS: D. B. Wyndham Lewis, "*Carlos de Europa, emperador de Occidente*".—Ramiro de Maeztu, "*Defensa de la hispanidad*".

REVISTAS: "*Cruz y Raya*", Madrid. — "*Isla*", Cádiz. — "*Frente Literario*", Madrid. — "*Azor*", Barcelona. — "*Agora*", Albacete.

EL GALLO CRISIS agradece a periódicos, revistas y amigos, el interés que han demostrado tener al ocuparse de nosotros, y esperar impacientemente este primer número.

EL GALLO CRISIS recogerá en sus páginas de crítica nombre y comentarios de todos aquellos libros, cuyos autores nos envíen dos ejemplares.

EL GALLO CRISIS nada tiene, sino fe.


"BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA" A. N. A. BUCARIA

INDICE DE ESTE NUMERO

Cuerpo de Cristo, bocado de cardenal: Olor a Corpus, Gabriel Miró; Eclipse celestial, Miguel Hernández Giner.—*España en la selva de aventuras del cristianismo*: Nuestra crisis.—*Almas anules*, Jesús Alda Tesán.—*Idea del Infierno* (indagación: Chesterton, Quevedo, Maertu, Unamuno).—*Voluntad de Cristo y voluptuosidad de Satanás*, Ramón Sijé.—*Profecía sobre el campesino*, Miguel Hernández Giner.—*Metafísica de la Santificación del Nombre* (Santificado sea el tu nombre), Romano Guardini. Traducción y nota ("Romano Guardini, o un fuerte rumor de cadenas") de Fray Buenaventura de Puzol.—*Las verdades como puños*.—*Iglesia cristiana e iglesia farisea* (Amonestación sobre la vida sacerdotal).—*La verdad de Pilato y la verdad de Lope*.—*Antojos del gallo*: notas críticas de libros y revistas, por R. S.—*Viñetas* de Francisco Díe.

DOS PESETAS